

Antonio Hermosa, *El hombre tras los hechos. Naturaleza humana y política en la historiografía clásica*, Athenaica ediciones universitarias, Sevilla, 243 pp.

*El hombre tras los hechos*. Este ambiguo título encarna perfectamente la investigación que nos propone el profesor Hermosa Andújar en su último libro. Por un lado, el *tras* sugiere posterioridad en el conocimiento: lo que podemos llamar de manera genérica y universal “hombre”, la que enuncia su constitución moral y espiritual, se nos aparece, se nos revela detrás de los hechos que se nos describen o se nos sugieren (y en los que se nos invita a profundizar). La investigación, conducida así bajo principios de la antropología moderna, trata entonces de descubrirnos quién es aquel que hace eso que se presenta ante nuestros ojos. O “por sus frutos los conoceréis”. Pero también podemos dar por sentada esa naturaleza humana (aquí, en parte por haberla aprendido previamente en la escuela del profesor Hermosa), en cuyo caso el hombre ya no sería el quién que se nos descubre al final de la nuestra investigación. El *tras* indicaría más bien una posterioridad material. En esta otra clave, el título nos invita ahora a considerar a ese hombre en su indigencia, la que le confiere su aislamiento, su individualidad, sobrepasado por la pluralidad de los hechos del mundo (también del humano). Los hechos lo arrastran o quizá, en tanto implique su voluntad en ello, los persiga, pero nunca los domina, pues siempre quedarían más allá del dominio de sus manos (y, así, su investigación de la aparente objetividad de la antropología moderna). Al menos, se nos sugiere también en estas líneas, mientras el hombre permanezca en el aislamiento que sugiere el singular, es decir, mientras traiciona su vocación a formar comunidad auténticamente política, activa, potente, liberadora (favorecedora de aquella libertad para el bien que sólo la libertad para el mal hace verdaderamente libre por frágil y hasta rara), por decirlo en términos de estirpe spinoziana que a veces desliza en su discurso el autor, buen conocedor del filósofo sefardí.

La relación entre la primera y la segunda partes del libro (tituladas, respectivamente, “condición humana y justicia” y “naturaleza humana y política”), la primera conducida a través de la lectura de los poetas (Hesíodo y Homero), y la segunda de los cronistas (Tucídides, Salustio, Tito Livio y Tácito), viene en buena medida determinada por esta anfibiología. Que bebe, por otra parte, de la labilidad entre los términos “hechos” y “política” inserta en los idiomas de las lecturas que nos propone (más aguda, sin duda, en el griego *-tà prágmata-* que en el latín, que requiere de adjetivación *-res publica-*) y que da cuenta de un peculiar horizonte de pensamiento: el que llamamos clásico por oposición al judeocristiano, teológico por antonomasia. Una oposición que, por mu-

cho que ande difundida (por ser constitutiva de lo que comprendemos como modernidad), es obviamente falsa (ni la teologalidad judeocristiana es impermeable a la politicidad racional y la racionalidad de la acción ni la politicidad clásica es refractaria a la dimensión religiosa de la vida en común), como no deja de quedar patente en este libro. El profesor Hermosa Andújar, por otra parte buen conocedor de la teología política de la modernidad (le debemos las traducciones del *Estado judío* de Herzl y la *Cuestión judía* de Marx), no nos presenta una antigüedad post-moderna, poblada de seres inteligentes sin creencias, una suerte de tecnócratas de la vida natural obsesionados por el diseño de las instituciones políticas (como en cierta teoría política anglosajona adoptada sin ninguna crítica entre nosotros), sino frágiles hombres, aferrados también a unas ideas sobre todo un universo inmaterial que dan sentido a palabras como “honor” y “patria” o que explican el poder de la superstición en la acción humana (también –e incluso “sobre todo”, me atrevería a decir–, cuando se piensa completamente libre de la misma).

Y no menos que lo anterior distinguen a este libro los textos que propone leer y el tratamiento que les da, con los que el autor contribuye a recuperar para nuestras letras un tipo de discurso sobre la antigüedad clásica que parecía extinguido desde hacía mucho. Su género (o, si se prefiere, el género de cada uno de sus artículos o capítulos, escritos de manera independiente aunque todos relacionados entre sí) no fue tan raro en ellas hasta que asumimos, en su más extrema versión, el moderno proceso de tecnificación de las artes. En este proceso, la filología recibió en suerte el manejo de todo discurso que tuviera que ver con aquellos antepasados literarios de los que no se hubiera apropiado la técnica filosófica (erigida en centro del saber sobre aquel pasado espiritual), condenando a la reflexión sobre aquellos márgenes de la filosofía a los aparatos científicos (notas al pie, introducciones, artículos académicos) de las cada vez más exquisitas ediciones y traducciones de aquellos textos (trabajo que cifra su sacralidad como los contenidos se la conferirían a la filosofía, agotando así el vaciamiento de la teologalidad del pensar que caracteriza a la modernidad), o a los catecismos al servicio de la divulgación de la vida, costumbres y pensamiento de aquellos pueblos. Los nombres de Manuel Fernández Galiano, Francisco Rodríguez Adrados, Luis Gil o Carlos García Gual dan cuenta de la calidad y consistencia que han llegado a adquirir estos modernos trabajos entre nosotros. Antonio Hermosa, sin embargo, en este libro no se ocupa

como filósofo de los filósofos clásicos –técnicamente hablando–, sino de autores reservados a la erudición filológica (el nombre que inmediatamente se le viene a uno a la cabeza ante tal indisciplina es el de Leo Strauss y sus trabajos sobre Jenofonte) para hermanar otra de las oposiciones a las que ha dado lugar la invención de “lo clásico”: la que se propone entre el mito (la poética) y la historia. Modo de hacer –además del de procurar escribir bien– habitual, antes de la tecnificación de estos menesteres (es decir, mientras las letras regulaban autónomamente en su seno la diferencia entre medios y fines), en todo hombre de letras que mereciera ese título y que hoy raramente se encuentra. Y que ha servido a lo mejor del pensamiento occidental moderno –término que utilizo aquí en sentido cronológico y no normativo–, no menos nutrido de aquellas lecturas en Maquiavelo o Hobbes (por citar dos de los que el autor hace compare-

cer en las páginas de su libro) que en Arias Montano o Quevedo, si bien con fines y miradas diversas en tanto que aquéllos, a diferencia de éstos, anticiparon en su trato de las letras clásicas su posterior devenir científico.

Puede que las *Décadas* de Maquiavelo fueran un ensayo de asesinato de *Ab urbe condita*. Pero sólo quien no se haya acercado al texto de Tito Livio o al resto de los que trata el profesor Hermosa en su libro puede pensar que esos esfuerzos han pasado alguna vez del grado de tentativa y que, por lo tanto, los clásicos están muertos (Maquiavelo incluido, sepultado también bajo su peculiar losa). Siguen vivos, es decir, dotados de la capacidad de interpelarnos y hacernos reflexionar sobre la pasta de la que estamos hechos e instruirnos sobre la misma. De ahí este libro de vitalidad contagiada y contagiosa.

José Manuel Díaz Martín